

DON QUIJOTE SE VA O EL DESENCANTO ANTE LA MODERNIDAD

*Tatiana Herrera Ávila**

ABSTRACT

Carlos Gagini's "Don Quijote se va" is built as a critic of Modernity, performed through the image of don Quixote. This Quixote is an idealistic, a romantic and –as we will see– utterly resembling of the interpretation of the Knight of The Sad Figure made by Miguel de Unamuno.

At the end of the 19th Century, Costa Rica was divided in a clash between the conservative coffee oligarchy (where the author is ideologically inscribed) and an emergent liberal bourgeois class. The story stages this conflict. Don Quixote leaves disappointed because the world no longer reserves a place for him, a believer in ideals abandoned by this society, each time more marked by the ideological interests of the wealthy.

Key words: Costa Rican Literature, don Quixote, Carlos Gagini, bourgeois class, coffee oligarchy.

RESUMEN

"Don Quijote se va", de Carlos Gagini, se construye como una crítica a la modernidad realizada a través de la imagen de don Quijote. Este Quijote es idealista, romántico y –como veremos– extremadamente similar al que interpreta Miguel de Unamuno, en varios de sus textos.

En la Costa Rica de finales de siglo XIX, la oligarquía cafetalera (en la que el autor se inscribía ideológicamente como miembro de la llamada Generación del Olimpo) había entrado en conflicto con la burguesía emergente. El relato pone en escena dicho conflicto. Don Quijote se va decepcionado porque el mundo ya no alberga un lugar para él, creyente en ideales abandonados por esta sociedad cada vez marcada por los intereses ideológicos de la burguesía.

Palabras clave: Literatura costarricense, don Quijote, Carlos Gagini, burguesía, oligarquía cafetalera

Como todo hombre de buen gusto, Menard abominaba de esos carnavales inútiles, sólo aptos para ocasionar el plebeyo placer del anacronismo o (lo que es peor) para embelesarnos con la idea primaria de que todas las épocas son iguales o de que son distintas.

Jorge Luis Borges. *Pierre Menard, autor del Quijote.*

1. *Prae textus*

Con el título "Don Quijote se va", el cuento de Carlos Gagini que me ocupa, señala que don Quijote, al igual que el personaje cervantino, nos abandona. El hidalgo, vencido y sin pizca de su bien conocida locura, deja el pequeño mundo que es Costa Rica, y permite que las fuerzas de los encantadores (los burgueses y mercaderes) triunfen.

Dicha actitud no es gratuita; responde al desencanto que había invadido la sociedad

* Filóloga y escritora. Profesora de la Universidad de Costa Rica y de la Universidad Nacional.

costarricense a inicios del siglo XX. Incluso, pecando del plebeyo placer del anacronismo –en palabras de Pierre Menard–, puede equipararse ese desencanto con la precaria situación que hoy, a inicios del siglo XXI, experimentamos en Costa Rica. Por ello, me pareció apropiado elegir este texto.

Asimismo, me mueve la posibilidad de hacer un pequeño aporte a la celebración del cuarto centenario de la publicación de la primera parte de ese gigante de la literatura universal que es el *Quijote*.

Me remitiré en este análisis al don Quijote unamuniano y a ciertas nociones de la Generación del 98 española, pues las similitudes entre éstos y la crítica que “Don Quijote se va” realiza al momento histórico son asombrosas. Mientras la Generación del 98 proponía la relectura del *Quijote*, Carlos Gagini, como un Menard tico, se convierte en otro autor del texto cervantino que nunca deja de escribirse y de leerse. Cide Hamete Benegeli, Miguel de Cervantes, Alonso Fernández de Avellaneda, Miguel de Unamuno, Pierre Menard y, en Costa Rica, Carlos Gagini, han sido a su manera autores del *Quijote*, por mencionar sólo unos cuantos. Todos motivados por disímiles cuestiones pero, a la vez, ligados por haber percibido en el Caballero de la Triste Figura una capacidad universal que aún hoy nos sigue hablando de los más cruciales temas humanos.

2. Los molinos del liberalismo

“Don Quijote se va”, publicado como parte de Cuentos grises en 1918 (en media dictadura de los Tinoco), constituye una elegía a los valores perdidos por el cambio del régimen patriarcal al liberal oligárquico. Carlos Gagini pertenecía a la Generación del Olimpo, la cual profesaba los valores de la oligarquía cafetalera. Sus textos habían funcionado como medios de difusión del proyecto civilizatorio de dicho grupo hegemónico. Pero, a inicios del siglo XX, la oligarquía debió aliarse con la burguesía emergente –a quien antes despreciara– para mantener su poder. De esta forma, se da la transición de la

“oligarquía cafetalera” a la “oligarquía burguesa” (Quesada 1988: 20).

Gagini reacciona a esta transformación con rechazo y crítica, pues ve en los valores nuevos burgueses –que ahora son oficiales–, la corrupción y la pérdida de una pasada Costa Rica mejor:

A pesar de que la mayoría de los escritores de esta promoción se autodenominan “liberales”, sus textos literarios expresan cierta desconfianza hacia las consecuencias sociales y morales del individualismo burgués, el progreso capitalista, el crecimiento de las relaciones mercantiles y la disolución de la sociedad tradicional. Estos textos traslucen, en menor o mayor grado, un dejo de nostalgia por la “moralidad”, el orden y el concierto, que añoran en las viejas tradiciones patriarcales. (Quesada 2002: 48)

De esta manera, los textos de Gagini evidencian esta crisis del modelo paternalista oligarca y cuestionan al cada vez más fuerte capitalismo liberal, por desplazar los valores humanistas. En concordancia con esta interpretación, Valdeperas califica el texto en cuestión como:

La mejor elaboración estética de los problemas que ha traído consigo la transición de la vieja sociedad patriarcal costarricense al capitalismo liberal de libre concurrencia. (Quesada 1988: 78)

De modo que “Don Quijote se va” constituye un cuestionamiento al ingreso de nuestro país en la modernidad pues el sistema capitalista, propio de ésta, ha dado al traste con la Costa Rica idílica. La mayoría de los críticos y teóricos de nuestra literatura están de acuerdo con esto. Lo interesante es que Gagini toma a don Quijote como modelo del ideal costarricense perdido, siguiendo a los noventayochistas que lo utilizan para rescatar la verdadera España. No obstante, esto no debe sorprendernos pues, como ya Jorge Chen lo indicaba, la crítica costarricense se adscribe a la lectura noventayochista del *Quijote*:

En esta dirección, la lectura previa de los textos críticos acerca de EL QUIJOTE, escritos por Unamuno, Ortega y Gasset, Castro, Madariaga

y Maeztu, nos han hecho percibir el débito de la crítica costarricense a su modelo de lectura, y al mismo tiempo, el débito de lectura del 98 a la lectura romántica de EL QUIJOTE. (Chen 1988: 78)

De esta manera, al igual que la crítica de nuestro país, la literatura nacional sigue el modelo de lectura del *Quijote* que realiza la Generación del 98. Así, el cuento de Gagini retoma las ideas noventayochistas en torno al *Quijote*, donde éste se constituye como el paladín de los ideales humanistas que lucha contra los molinos gigantes del liberalismo...

3. Carlos Gagini: autor del Quijote

“Don Quijote se va” relata cómo el narrador tuvo que defender en un juicio a un forastero quien –luego sabremos– es el famoso hidalgo. La narración se da en primera persona, por lo cual el narrador se manifiesta también como personaje. Esto implica una perspectiva subjetivista y permite la posibilidad del juego de realidad / apariencia que se desarrolla más adelante. El forastero había sido acusado por haber defendido en encarecida lucha a una ventera de dos jayanes que se habían burlado de ella quien, con un machete, los desafiaba. En otras palabras, este personaje estaba desfaciendo entuertos y, por ello, había sido llevando ante los tribunales cual vulgar criminal y unánimemente condenado. Sin embargo, el narrador (que presidía el jurado) lo defiende y sale absuelto. Luego, el forastero agradece al narrador por su defensa y critica a la sociedad por haber perdido valores humanistas, como “honor, honra, equidad, patriotismo, compasión, abnegación y nobleza”. Después, el personaje “se vuelve a su aldea”, pero dice que nos deja a su escudero. Seguidamente, hay una posdata que analizaré a su tiempo.

Este forastero es, en efecto, el hidalgo que se pone en constante peligro para proteger a los desvalidos. El personaje de Gagini, al igual que el personaje cervantino, tiene presentes los “agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar” (Cervantes 2000: 104).

Así, además de la obvia referencia en el título, se establece una intertextualidad (en el sentido bajtiniano) con el volumen de Cervantes. Ésta interpretación consiste en una sátira, según la cual se denuncian los males de la sociedad costarricense del momento, de forma similar a la que realizaban varios textos satíricos del siglo XVIII donde, partiendo del intertexto cervantino (que a su vez se leía como una sátira de la España de Cervantes), se satirizaba a la sociedad dieciochesca. Pero existe otro intertexto con los planteamientos de Miguel de Unamuno y la Generación del 98 respecto del Caballero de los Leones. Mencionaré, a continuación, los elementos que posibilitan la intertextualidad, ya sea con Cervantes o con los noventayochistas.

Desde el primer párrafo nos encontramos ante el bestiario quijotesco por excelencia: una ventera, y los “colegas” del narrador, “dos artesanos y dos humildes mercachifles” (Gagini 1996: 95). Detengámonos por un momento, para señalar que “los colegas” (suponemos que se refiere a que son jurados) ante los cuales el narrador defiende a don Quijote, son de *baja ralea*, y el narrador se separa señalando la humildad de éstos. Esa separación construye un discurso clasista, por cuanto el narrador se presenta como más inteligente que estos cuatro personajes y los logra convencer con su “elocuencia”. Esta palabra aparece entrecomillada, lo cual se debe –sin duda– a un mecanismo de ironía. Es decir, no era necesario utilizar verdadera elocuencia, sino que bastó una aparente para convencer a estos cuatro colegas, quienes así son semantizados como simples o tontos. Con ello, el discurso de Gagini se liga por completo con la postura ideológica que tenía la Generación del Olimpo y, por su superioridad intelectual –al mejor estilo satírico de Larra–, es capaz de criticar a la sociedad costarricense. De forma similar, el “hecho vulgar” sucede en una posada.

El adjetivo “vulgar”, que califica al hecho, colabora con ese discurso de superioridad que asume el narrador y fortalece así la construcción de la sátira pues él, en su posición privilegiada, está en total capacidad de señalar los males sociales que aquejan a Costa Rica.

Continuemos con el tema de la intertextualidad presente en el texto de Gagini. El léxico y las construcciones sintácticas utilizadas recuerdan al texto cervantino: “sus palabras pican tan en lo vivo a los dos mocetones”, “arremetiendo con brío a los dos jayanes los descalabró bonitamente”, o “yo no le hubiera defendido cual lo tengo dicho” (Gagini 1996: 95). Como se puede notar, el barroquismo con cierta tendencia arcaizante de la construcción sintáctica es clara referencia al uso lingüístico del *Quijote*.

Ahora bien, la perspectiva del texto de Gagini no presenta a un Quijote loco pues, en efecto, la ventera estaba en peligro y no corresponde a una alucinación fantástica del hidalgo. El problema reside en que su acto de bondad es malinterpretado y se considera criminal por una sociedad que ha perdido los valores más humanos. Con este cambio, la sátira va tomando forma y entra en directa correlación con las ideas unamunianas:

Y la otra targedia, la tragedia humana, intrahumana, es la del Don Quijote con la cara enjabonada para que se riera de él la servidumbre de los duques, y los duques mismos, tan siervos como ellos. «¡He aquí el loco!», se dirían. Y la tragedia cómica, irracional, es la pasión por la burla y el desprecio. (Unamuno 1996: 309)

El Quijote no está loco. Es en el mundo de los duques, de los Sansones Carrasco, de los encantadores, de “los mercaderes de hoy”, donde se ve “triunfantes a los déspotas, a los perversos, a los hipócritas y a los canallas” (Gagini 1996: 96) y a don Quijote como un loco, por su idealismo que Unamuno llama más bien “espiritualismo” (Unamuno 1996: 308).

Existe, así, un cambio de perspectiva según la cual en la sociedad actual el honor no cuenta. Y es que para la Generación del Olimpo el honor era una preocupación constante pues, para la oligarquía, éste era un valor inalienable que les pertenecía. No obstante, con el advenimiento de la burguesía el concepto del honor cae en desuso y es sustituido por asuntos más relacionados con el dinero que con la dignidad heredada, como señala don Quijote en el texto de Gagini:

Los caballeros de antaño tenían un Dios, una patria y una dama; los mercaderes de hoy no tiene más Dios que el dinero, más patria que el mostrador ni más dama que la bolsa. (Gagini 1996: 97)

Para Gagini, la sociedad, con la intromisión de la burguesía en el poder, se rige no más que por el dinero y, por ello, don Quijote –caballero de antaño– se va.

Prosigamos, pues, con el asunto de la intertextualidad y partamos de la descripción que hace la ventera de este forastero / Quijote, ya que es gracias a ella que el lector se descubre ante el propio Caballero de la Triste Figura, y no ante cualquier otro –cosa que habría podido suceder pues, dentro del texto, nunca se dice su nombre–:

Según declaración de la ventera, debía ser muy anciano, acaso centenario, a juzgar por lo apergaminado del rostro, lo enjuto del cuerpo y el bigote, más que blanco, amarillo como el marfil viejo. Parecía persona culta y comedida y su única ocupación se reducía a pasar los días leyendo [...]

–¿Pero quién es usted?

–¿Quién soy? Yo mismo lo ignoro. ¿Cuál es mi nombre? Lo he olvidado. Unos dicen que ha varios siglos me mató un soldado manco y soy ahora un alma en pena. (Gagini 1996: 95-96)

Por su parte, en el texto cervantino, Alonso Quijano es descrito de la forma siguiente:

Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto en rostro, gran madrugador y amigo de la caza [...] Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer libros de caballería con tanta afición y gusto... (Cervantes 2000: 98)

Al hacer la comparación entre un Quijote y el otro puede observarse, primero, que el tiempo no ha pasado en vano. Es decir, lo sucedido en Alajuela se ubica varios siglos después de que al caballero lo matara un soldado manco (Gagini 1996: 96), mientras que lo ocurrido en la Mancha, como sabemos, se da a principios del siglo XVII. Por eso, don Quijote aparece tan avejentado en el texto de Gagini.

En esto también existe una intertextualidad con los planteamientos unamunianos, pues hay un Quijote que murió y otro que sigue vivo:

Murió aquel Don Quijote. [...] Y el otro Don Quijote se quedó aquí, entre nosotros, luchando a la desesperada. (Unamuno 1996: 316)

Y el don Quijote de Gagini nos dice:

Puse mi espada al servicio de los pueblos en lucha con los tiranos, procuré levantar con fuerte brazo a la virtud escarnecida por la maldad, a la sabiduría oscurecida por el charlatanismo, a la hidalguía vencida por la mezquindad, a la pobreza insultada por la opulencia... (Gagini 1996: 96)

De tal forma, que hay un Quijote que sobrevivió a la muerte que le diera Cervantes, luchando contra todos los males. Sin embargo, es aquí donde el cuento se separa del punto de vista unamuniano pues, mientras éste nos presenta un Quijote optimista que lucha a pesar de la desesperación, el de Gagini se va y nos deja en manos de Sancho.

Debo hacer aquí un paréntesis para explicar que las sátiras quijotescas del siglo XVIII coinciden con la perspectiva de Gagini. Casi nunca retoman a Sancho y, cuando lo hacen (como la de Donato de Arenzana, *Don Quijote de la manchueta*, o la de Alonso Ribero y Larrea, *El Quijote de la Cantabria*), es para simbolizar la pretensión nobiliaria o el enriquecimiento de los burgueses; de modo que se erigen como críticas a la movilidad social que implicó el cambio de régimen. Sin embargo, es pertinente señalar que estas sátiras permitieron la lectura que hace el romanticismo del Quijote –heredada por los noventayochistas–, pues las más tardías revelan un intento por comprender a los personajes y a sus actividades vitales de forma subjetiva, tal es el caso de la de Jacinto María Delgado o la de Pedro Gattel.

Luego, no sabemos si el Quijote criollo mantiene la costumbre de madrugar y cazar, pero sí que sigue leyendo “de turbio en turbio y de claro en claro” (Gagini 1996: 95). Sabemos así que, como buen hidalgo, don Quijote es ocioso en ambos textos, con lo cual se sigue construyendo

una marcada intertextualidad. No obstante, a este respecto se produce un interesante mecanismo de inversión con el texto cervantino pues, mientras que en el Quijote original la frase dice: “se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio” (Cervantes 2000: 100), en el de Gagini dice: “se reducía a pasar los días leyendo de claro en claro y a veces las noches de turbio en turbio” (Gagini 1996: 95). A mi parecer, esta inversión colabora con la intención satírica que se percibe en el texto de Gagini, pues subvierte el texto original cervantino, y deja así de ser una simple cita.

Cabe anotar que este Quijote criollo – como lo llama Álvaro Quesada– pelea con el machete de la ventera y no con su espada, por lo que se hace evidente el mecanismo de total traslación que ha sufrido este personaje: de la España del Siglo de Oro a la Costa Rica de principios de siglo XX, de la Mancha a Alajuela. Pero, además, se produce una vez más una especie de carnavalesización: ¿quién se imagina al honorable Quijote luchando con un machete? Tal hecho provoca risa y sirve a la causa de la sátira.

Por otra parte, la ubicación del realto en Alajuela es justificado por el propio texto:

Cuando volví esa noche a mi casa, la luna iluminaba el polvoriento y solitario camino que se dilatava separando por el llano como los interminables senderos que cruzan los campos de la Mancha. (Gagini 1996: 96)

Luego, en la postdata –que retomaré más adelante–, el texto sugiere que “todo fue una alucinación provocada por la semejanza de los llanos de Alajuela con los famosos campos de Montiel” (Gagini 1996: 96).

Ahora bien, en el texto cervantino, los campos de la Mancha, y en particular los de Montiel, se describen de la siguiente forma:

... cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel. (Cervantes 2000: 106)

Esto resulta por demás llamativo, pues el texto de Gagini le da una gran preponderancia

a la forma en que estos campos de Alajuela recuerdan a España, particularmente a los llanos manchegos, e incluso encuentra en esta semejanza su propio motivante de existencia.

Y es que, como bien sabemos, Ortega y Gasset plantea la importancia filosófica del espacio, del paisaje, cuando expone que “yo soy yo y mis circunstancias, y si no la salvo a ella no me salvo yo” (Ortega y Gasset 1957: 322). Para el pensador español, de esa circunstancia –que se inicia en el *loco illi quo natus est* de la Biblia– surge precisamente el sentido de lo que nos rodea y, con éste, el sentido de la existencia, alguna espiritualidad. Sólo a través del conocimiento de España se llega al concimiento del hombre español; de este planteamiento se sigue que sólo mediante el conocimiento del paisaje se llega al profundo conocimiento del ser humano.

Así las cosas, y partiendo del papel capital ya señalado que juega el paisaje en el texto de Gagini, puede afirmarse sin llamar a error que existe una intertextualidad con Ortega y Gasset y su concepción de mundo, enarbolado nada casualmente en el texto *Meditaciones del Quijote*. Y, así, queda confirmada la intertextualidad con las nociones de la Generación del 98.

Pero, más allá de eso, en el cuento el paisaje recreado se confunde con el paisaje español. La naturaleza de Costa Rica, el “espíritu nacional”, o como le dice Gagini –haciendo eco de las palabras de Ramiro de Maeztu (Chen 1988: 106)– “el espíritu de la raza” (Gagini 1996: 96), se halla íntimamente relacionada con España. Si los paisajes español y costarricense se confunden, de forma semejante sus hombres. Se responde así en el texto de Gagini a la cuestión de la identidad costarricense, tema recurrente en la Generación del Olimpo. Que el Quijote sirva como respuesta a la pregunta por la identidad no debe sorprender, pues la Generación del 98 lo leía para recuperar y responder a la problemática de la identidad española.

Volvamos al texto. Don Quijote ha llegado en compañía de su criado, “cuya gordura contrastaba cómicamente con la escualidez de su amo” (Gagini 1996: 95). Se hace evidente de esta forma que el criado del forastero es Sancho Panza. Esta presencia del famoso escudero será

muy importante pues, cuando don Quijote se va, dice: “ahí les dejo a mi escudero” (Gagini 1996: 96). Y es que, según la descripción de Sancho en el texto de Gagini, éste entra en correlación con los burgueses que tienen en el estómago su centro de gravedad (Gagini 1996: 96), para dar a entender que lo único importante para ellos es lo obtenido para el propio placer. Por eso, don Quijote se va diciendo que “empieza el gobierno de Sancho” (Gagini 1996: 96), con lo cual implica el inicio del gobierno capitalista liberal y burgués, ése donde se privilegia el tener sobre el ser y donde la visión pragmática del mundo doblega a la visión idealista. Este elemento en particular es crucial pues, como ya se mencionó, a raíz de esta postura idealista se establece la sátira al sistema liberal capitalista traído por la modernidad a nuestro país.

Esta visión de Sancho se opone a la de Unamuno: quien describe al escudero como: “Sancho el bueno, Sancho el creyente, Sancho el sencillo” (Unamuno 1996: 316). Y sigue “Sí, como dicen algunos, Don Quijote murió en España y queda Sancho, estamos salvados, porque Sancho se hará, muerto su amo, caballero andante” (Unamuno 1996: 316). Para Gagini es una desgracia que siga el gobierno de Sancho porque, como en las sátiras del siglo XVIII, éste representa el poder de los burgueses. Para Unamuno, más bien, es una suerte ya que ve en el escudero una continuación de don Quijote. Sin embargo, como señala Jorge Chen, a pesar de que Unamuno plantea el quijotismo como resultado de la lectura profunda, donde se encuentra la unidad Quijote / Sancho, o sea, el doble carácter de la naturaleza humana (espíritu / materia, ilusión / realidad, tesis del caballero / antítesis del escudero), el pensador español termina privilegiando la figura de don Quijote (Chen 1988: 104).

Otro punto de encuentro entre las versiones que Unamuno y Gagini hacen del caballero es el cuestionamiento que establecen, a partir del *Quijote*, hacia la ciencia. El don Quijote de Gagini plantea que:

Ya el hombre vuelve a ser la fiera primitiva: su ciencia se reduce a destruir; ya no presenta batalla a sus enemigos... (Gagini 1996: 96)

Desde la perspectiva de la dicotomía Civilización / Barbarie que manejaban los románticos, la civilización se ha convertido en barbarie por culpa de la modernidad, pues se trata del imperio de la ciencia racional. Y don Quijote se adhiere a esta idea en el texto costarricense.

Por su parte, Unamuno plantea según Pedro Cerezo-Galán que:

Don Quijote es el paradigma del eterno agonista en combate con el mundo de las bien concertadas apariencias –es cierto–, pero también consigo mismo, convertido en sí mismo en campo de batalla entre las exigencias de la idealidad y el requerimiento de los fueros de la razón. Ha entrado así en escena la actitud trágica en el afronte permanente entre la visión científico-positivista del mundo y la nueva fe moral. (Unamuno 1996: 13)

Así, Unamuno utiliza el Quijote para oponer la actitud científica y racional del positivismo al idealismo quijotesco, de la misma forma que le sirve a Gagini. Ambos cuestionan, entonces, diversos aspectos de la modernidad como el postivismo y la sobrevaloración del dinero, así como su consecuencia lógica: la pérdida de los valores que se mantenían durante la Edad Media en España y durante el estado paternalista en Costa Rica. Es decir, el don Quijote de Gagini añora esa época que se dio antes de que llegara la modernidad a nuestro país, ese modelo antes del cambio de la república al estado-nación, con el cual vino la implementación del sistema capitalista y, con ella, la inclusión de la burguesía en el grupo en el poder y un consecuente cambio ideológico.

Podemos agregar a esta intertextualidad dialógica, la voz de Ortega y Gasset que planteaba, en el mismo sentido lo siguiente:

Porque en cierto modo es Don Quijote la parodia triste de un cristo más divino y sereno: es él un cristo gótico, maerado en angustias modernas; un cristo ridículo de nuestro barrio, creado por una imaginación dolorida que perdió su inocencia y su voluntad, y anda buscando otras nuevas. (Ortega y Gasset 1957: 326)

Vemos, así, cómo se construye el intertexto entre los planteamientos de la Generación del 98

y el cuento de Gagini, que hace eco de ellos para realizar su sátira de la moderna sociedad costarricense de principios de siglo XX.

Un aspecto más en el que sí coinciden Unamuno y Gagini es en la concepción de justicia, la cual además se halla en consonancia con la perspectiva cervantina. En el cuento de Gagini se dice al respecto, en boca de don Quijote:

Descortés fuera yo por todo extremo, y más que descortés, desagradecido, si alirme de este lugar para siempre no viniera a manifestar a vuestra merced cuánto estimo lo que me hizo, librándome de las garras de la justicia, si así puede llamarse el dar apariencias de legalidad a los abusos del rico contra el pobre y del poderoso contra el desvalido. [...] Hidalgo nací y mi ley es la justicia, mi religión el honor y mi norte la verdad. (Gagini 1996: 96)

Y en Cervantes se señala que:

De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más a Dios ofende es la ingratitud. (Cervantes 2000: 279)

Por su parte, Unamuno indica que el episodio de los galeotes debe:

Enseñarnos a libertar galeotes precisamente porque no nos lo han de agradecer, que de contar de antemano con su agradecimiento nuestra hazaña carecería de valor. (Unamuno 1971: 77)

A partir de esta cita podemos establecer que, en un primer nivel intertextual entre el texto de Gagini y el cervantino, los actos justos se encuentran en directa relación con el agradecimiento, pues quien lo recibe debe ser agradecido. En un segundo nivel y, desde Unamuno, el acto de justicia adquiere mayor valor cuando no se es agradecido, por cuanto se realiza desinteresadamente y no para obtener las gracias. En los tres textos, la intertextualidad se organiza en torno al elemento del agradecimiento producto de un acto de justicia.

Pero más allá de eso, lo curioso es que en el texto cervantino los galeotes reciben la justicia de don Quijote, casi de la misma forma en que el propio Quijote recibe la justicia del narrador de Gagini. Ni los galeotes ni don Quijote, a su propio

juicio, merecían el castigo. Así, se cuestiona la justicia sistematizada la cual, según Unamuno, se opone a la justicia de Dios y la naturaleza (Unamuno 1971: 74), ésa que se disfraza de legalidad pero que se aleja de la justicia pura. Lo que parece justo, no necesariamente lo es.

Llegamos, ahora, a uno de los últimos puntos que quiero trabajar, el conflicto barroco de realidad / apariencia. Éste se manifiesta en el texto a través de la postdata y del consiguiente problema de verosimilitud:

P.S. Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que la primera parte de esta historia es rigurosamente exacta; no puedo asegurarte otro tanto de la segunda, pues yo mismo dudo de su realidad e imagino que todo fue una alucinación provocada por la semejanza de los llanos de Alajuela con los famosos campos de Montiel. (Gagini 1996: 96)

En esta postdata, surgen varios problemas en cuanto a su interpretación. Primero, no podemos estar seguros de quién la escribe, si el narrador o el escritor. En caso de que sea el primero, que es quien ha venido hablando en primera persona, representaría una intervención de un elemento intratextual (como lo es el narrador) en el nivel paratextual (fuera del texto). Esto genera una ambigüedad, una ruptura de límites, entre el adentro y el afuera, como la que existe en el texto cervantino, gracias a elementos paratextuales que programan la lectura, como los prólogos (uno de los cuales se inicia de la misma forma que la postdata), los poemas y cartas, así como el falso Quijote de Avellaneda y la incursión del autor dentro del texto, cuando se produce la identificación con el narrador que escribe en primera persona al principio del texto. Esta ambigüedad una vez más funciona como elemento satírico que comprueba la relación intertextual con el *Quijote* de Cervantes.

Por si fuera poco, en la misma postdata se dice que una parte de la historia es totalmente cierta, mientras que la otra puede ser una alucinación. Y digo “puede ser” porque el narrador plantea la duda cuando dice que imagina: esto imposibilita al lector para saber si ha mentido o no. Aquí, se confunden con más fuerza el nivel ficcional y el de la no-ficción. El mecanismo

así nos oculta la verdad y se vuelve un recurso de verosimilitud, gracias al cual el lector puede dudar de toda la historia, pero también puede creerla por completo, en tanto no es fácil discernir entre la realidad y la apariencia. De esta manera, el texto de Gagini aspira funcionar como un espejo (¿espejismo?) del Quijote cervantino y, así, una vez más se produce la sátira, al introducir este mecanismo metafictional en la enunciación.

Por lo anterior, el cuento cobra otra dimensión, que lo aleja de la simple crítica a la modernidad, para llevarlo a reflexionar en torno a la propia literatura. Veamos. Si recordamos la concepción de Ortega y Gasset sobre el paisaje —donde éste se convierte en la herramienta para conocer al hombre (en términos noventayochistas)— y que el detonante del cuento que nos ocupa es el paisaje, se estaría equiparando la naturaleza del ser humano a la naturaleza de la literatura. Si el ser humano se debe a su circunstancia, la literatura, como práctica social, con mucho más razón. La literatura sería hija de su circunstancia de manera en el cuento de Gagini se privilegia el aspecto social. Esto es de un gran carácter visionario. Desgraciadamente, extenderme más en este punto nos llevaría por caminos que se alejan de mi objetivo. Por ello esta maravillosa cuestión queda esbozada en espera de que su desarrollo llegue en otro momento. Sirva esto sólo para sembrar la semilla en terreno fértil.

4. Coda

Me queda una inquietud y la lanzo a los lectores. Don Quijote, hidalgo (es decir de cuna respetable), caballero honrado de gran entendimiento, con un gran sentido del honor, con un amor platónico por Dulcinea es, al fin y al cabo, la triste figura que claudica en su mal llamada locura, y representa por ello la caída de los grandes ideales ante el pragmatismo, y no —como se cree comúnmente— su triunfo.

La lectura más convencional ha visto en don Quijote el máximo símbolo de la utopía, a pesar de su sanchificación —o tal vez precisamente por ella—. Las causas perdidas, las utopías,

los amores imposibles, la duda ante la realidad, el desprecio de dicha realidad, la búsqueda de valores en desuso, tales son los elementos que se asocian con don Quijote como símbolo visto desde una perspectiva alegórica, es decir desde la fijación cultural simbólica.

Pero cualquiera que recuerde la segunda parte del texto cervantino y ponga suficiente atención a su desenlace sabe que don Quijote pierde esos ideales: al igual que el Quijote de Gagini, se va vencido. Entonces, ¿cómo una persona que se deja vencer por los avatares del realismo y que pierde la fe, cómo un loco que deja de ser loco y abandona así su (sin)razón de ser se convierte en la máxima representación del idealismo?

Nos atrevemos a aventurar la posibilidad de que esto no sea casual. Como se sabe la lectura tradicional de un texto depende de los intereses del grupo en el poder. Y al grupo dominante en nuestra cultura occidental le interesará que un personaje como don Quijote se convierta en héroe de quienes nos resistimos a la desaparición de las utopías y de quienes creemos que todavía –y a pesar de todo– otro mundo es posible, pues implica el vencimiento de dichos ideales: al final se recupera la cordura y se abandona la actitud subversiva... A menos, claro, que sigamos las ideas unamunianas, donde don Quijote nunca es vencido y, aunque se vaya, perdura.

Bibliografía

- Cervantes, Miguel de. 2000. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha I*. 20ª edición. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Cervantes, Miguel de. 1988 *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha II*. 10ª edición. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Chen Sham, Jorge. 1989. “El Quijote y su lectura: el discurso de la crítica costarricense (1940-1986)”. En: *Imprévue*. I: 89-128.
- _____. 1997. “Vidas paralelas en la historia de la recepción cervantina: Gregorio de Mayáns y Miguel de Unamuno”. En: *Káñina*. Vol. XXI Especial (2): 9-15.
- Gagini, Carlos. “Don Quijote se va”. En: Quesada, Álvaro. 1996. *Antología del relato costarricense (1890-1930)*: 95-97.
- Ortega y Gasset, José. 1957. “Meditaciones del Quijote” En: *Obras completas. Tomo I*. Madrid: Alianza Editorial - Revista de Occidente.
- Ovares, Flora y Margarita Rojas. 1995. *100 años de literatura costarricense*. San José: Farben.
- Quesada, Álvaro. 1988. *La voz desgarrada. La crisis del discurso oligárquico y la narrativa costarricense (1917-1919)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Quesada, Álvaro. 1996. *Antología del relato costarricense (1890-1930)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Quesada, Álvaro. 2002. *Uno y los otros*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Unamuno, Miguel de. 1971. *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Espasa-Calpe.
- _____. 1996. *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Espasa-Calpe.